



Comisión 8

Índice

1. Un choque contracultural. Marcos Alvarado
2. En todas partes. Emerson Angulo
3. Donde estacionan los Cadillacs. Nahir Banegas
4. El sexo. Teresita Bossinga
5. Cuestión de color. Lautaro Chamorro
6. Disfrutar del placer. Carla Vanina Cirillo
7. Mi historia. Leonel Dreisch
8. El sexo en las décadas del 60 y 70. Elsa Gregorutti
9. Groupie. Silvana Haro
10. Aguafuerte de los 60's. Martín Irastorza
11. Cuando el frío pega más que los bastones. Guadalupe Koch
12. Mi vieja no entiende. Juana López
13. Los 60 y la sexualidad. Lorena Lucente
14. Las calles de París. Pablo Luraschi
15. Rock and roll. Federica Rivera
16. Relato de una confrontación. Diego Rubaja
17. Cuando lo bueno era lo progresivo. Carlos Salamanca
18. Drogas, sexo & rock and roll. Brenda Santos
19. Torciendo el camino. Carolina N. Sosio
20. Lo que hace el adicto. Alejo Vhrovski
21. Pensar distinto. Mariano Zanetto

Un choque contracultural

Marcos Alvarado

Tres días de paz y música, esta fue la frase con la cual el festival de Woodstock se dio a conocer, la misma frase le dijeron los amigos de John para convencerlo de asistir. John no quería ir para no gastar su dinero ahorrado, lo juntaba comprarse una “bully” y emprender viajes con los mismos amigos que lo convencieron para el festival.

El es un joven nacido a fines de los años 40, después del final de la segunda guerra mundial, su nacimiento, crianza y vida la desarrolla en Albany, capital del Estado de Nueva York, a unas tres horas de Bethel, donde John va a gastar sus ahorros. La familia del muchacho tiene una vieja tradición militar, un abuelo veterano de la primera guerra mundial y su padre de la segunda, al ingresar a los 20 años de edad, John descubre que el camino no es ir de guerra en guerra como se cree en la sociedad Norteamericana de su época.

Hace ya varios años que el mundo entro en una etapa donde se ponen en juego varias ideologías, una de ellas eligió John Flores, amor libre y paz son algunas de las cosas que nuestro amigo tiene en sus pensamientos. Sabe que esto lo excluye de su seno familiar, pero su afán de querer un mundo distinto para las futuras generaciones es más fuerte que una desilusión de sus antepasados, que no corras más sangre es lo que pide. Tiene un privilegio que lo enorgullece, llamarse igual que aquél cantante de Liverpool.

15 de agosto, fue el día en que este grupo de cinco amigos, llegó a Bethel, se encontraron con muchas más personas de las esperadas o imaginadas. Alucinaciones, humos, flores y amor entre tantas otras sustancias se veían en el aire, quizás todas estas sensaciones, los jóvenes, la canalizan con la música que ambientaba un largo campo lleno de polleras, barbas y cuerpos al desnudo. Ninguna persona se avergonzaba de sí mismo, el cuerpo es admiración, el cuerpo es arte.

Entre alucinación y alcohol, John, se separo de sus amigos, conoció a una joven muy inspiradora para él. Sus ojos atraparon a nuestro protagonista, su pelo largo envolvió en una tarde noche de pasión y rock and roll inolvidable. Luego vino una joven para sumarse al remolino de amor, todo era bienvenido, nada era muy delirante, de esto le hablaron los amigos John antes de venir, esta era la vida de un joven hacia fines de los años 60, la revolución cultural se consagró y estalló el gran festival.

Durante el segundo día todo cambio para John, uno de sus amigos ya no respiró entre inyección e inyección. Conmovido nuestro joven revolucionario cultural, tuvo una crisis con sus ideas, tal vez la libertad no lleva a futuros tan gratificantes, todo fue peor cuando una enfermedad por el remolino de amor atacó a John. Tal vez estos hechos asustaron a muchos, a raíz de esto para tratarse tuvo que salir a buscar trabajo, la enfermedad le demandó mucho dinero. Salir a buscar trabajo mató la diversión, pero dentro suyo sabe que los mejores días fueron los de los '60, lejos quedaron los sueños de viajar en una Bully, pero la esencia y diversión de los sesenta no se van a repetir jamás.

En todas partes

Emerson Angulo

—¡Póngase sereno, y apunte bien! ¡Usted va a matar a un hombre!

Esas fueron sus últimas palabras. Luego un silencio y posteriormente el sonido del fusil que lo iba a dar por muerto.

Lo que no imaginó nadie es que su historia no iba a culminar con el último latido, sino que por el contramano su ejemplo lo tomarían jóvenes de todo el mundo y su rostro pasaría a quedar grabado en banderas de flamearían combatiendo al aire con su agite de lado a lado.

Esa epidemia revolucionaria se fue expandiendo de norte a sur, de este a oeste y hasta en los suburbios más olvidados y marginados del mundo. Muestra de esta afirmación es el caso de Juan un muchacho de 27 años, nacido entre los monoblock de Dock Sud,

trabajador de uno de los tantos frigoríficos de Avellaneda. Quienes lo recuerdan destacan su gran solidaridad con los vecinos, pero también su gran valentía a la hora de enfrentarse con gente de mayor jerarquía. Esta última característica fue lo que provocó que los compañeros lo eligieran como delegado.

Cuando se enteró que habían despedido a un amigo suyo porque según la empresa “faltó 3 días seguidos injustificadamente”, cuando en realidad su ausencia se debía al nacimiento de su tercer hijo, no pudo contenerse y organizó un agrupamiento.

Luego de una asamblea decidieron todos emprender huelga impulsada por Juan. A la hora de hablar con sus empleados, todos decían lo mismo: “si Juan impulsaba una idea había que seguirlo, porque siempre iba a ser una causa justa”.

Al principio la manifestación empezó como todas, bombos, cánticos, banderas flameando y panfletos. Luego el clima se fue poniendo tenso cuando una columna policial avanzaba para despejar la calle, entonces empezaron los palazos, los gritos y los gases lacrimógenos. Fue entre el humo blanco y la confusión, que unos oficiales habían divisado el rostro de él para atraparlo.

Lo subieron a un patrullero con destino incierto. El destino a medida se iba divisando. El escenario sería un baldío, el héroe Juan y los villanos policías fusiladores.

Fue cuando se enfrentó cara a cara con lo que en ese momento sería su futuro asesino que le dijo: “¡Póngase sereno, y apunte bien! ¡Usted va a matar a un hombre!”.

Donde estacionan los Cadillacs

Nahir Banegas

Caía una y otra vez. Aquella mujer que cantaba con la fuerza y la potencia de sus entrañas, era frágil frente a la figura del hombre que le había dado la vida. Un hombre blanco rechazando a su hija por ser negra, hija de prostituta. “No te puedo ayudar”, dijo levantando las manos y desentendiéndose de la situación. Claro, corría el '60 y las cosas seguían igual, pero Etta no lo soportaba, aquello picaba venas y desvanecía el cuerpo en la alfombra. Sin embargo protestaba escribiendo sus canciones, canalizando emociones en la voz, en la postura, en la mirada. Su presencia todo lo llenaba, poderosa, desafiante y vibrante. Por supuesto, *fuck you men*.

La productora que la descubrió y contrató incluía a cantantes afroamericanos que padecían la segregación y eran echados de los bares, golpeados y perseguidos. Poco a poco iban ganando terreno en las emisoras y enloquecían a las mujeres que bebían champagne con sus vestidos almidonados del otro lado de la radio. Ahora podían estar en un escenario aunque el público era dividido. El talento y estilo nato de estos artistas sureños fueron el boom en una sociedad conservadora y racista, disco tras disco. Y la fama les ofrecía un abanico brillante de sexo, drogas, cadillacs y enemigos. Extorsiones, ajustes de cuentas, muertes por sobredosis. El convulsionado panorama dejaba en rutas algún que otro herido por las persecuciones policiales, en los bares porque era la mujer de alguien, contiendas de borrachos y grandes discusiones en la intimidad.

Chess Records guió a grandes iconos del *rock and roll*, *blues*, *soul* y *R&B* como Muddy Waters, Chuck Berry, Willie Dixon y la misma Etta James que han marcado la historia de la música y la cultura.

El sexo

Teresita Bossinga

Corría el año 1965 y entraba a trabajar, luego de haber esperado casi un año. Después de haber terminado el secundario, había comenzado un curso de secretaria.

Aquella mañana de un lunes húmedo, de esos que se dan en el mes de marzo, y habiendo preparado toda su ropa la noche anterior, se levantó y, decidida y contenta, partió luego de un ligero desayuno. Había hecho muchos preparativos con su atuendo, quería verse bien.

Caminó seis cuadras; la empresa que la había contratado era de sus dos tías y quedaba cerca de la casa donde ella vivía, la de su abuela.

¡Estaba feliz! Se sentía plena, se le notaba en la sonrisa y el brillo de los ojos marcaba fuerte su ánimo. Había esperado mucho ese trabajo, significaba su independencia.

Pasaron dos meses y Patricia, ya habituada, corría por los pasillos, yendo y viniendo con carpetas y presupuestos de la empresa.

Marcos, uno de sus compañeros, un chico alto que no necesitaba mucha ayuda para bajar carpetas de los estantes, la miraba y siempre estaba atento a ayudarla en cuanto lo necesitara. Patricia también lo miraba, tanto que toda la oficina sabía de la inminente invitación a salir por un café en cualquier momento.

La invitación llegó, pero no de la mano de Marcos, sino de ella, con la excusa de poder compartir dos entradas al cine que una amiga le había regalado. Marcos aceptó sin titubear y agradeció mucho que lo haya tenido en cuenta. Y así comenzó todo.

Pasaron los meses y Patricia y Marcos estaban de novios, tenían una relación formal, con ganas de todo, con ganas de mucho.

Un día quisieron formalizar y lo hicieron. Se casaron un 24 de septiembre de 1967. Ese mismo año se fueron a su luna de miel pagada por sus tíos y jefes. Volvieron a sus trabajos con muchas ganas; Marcos a otro área y Patricia también, pero estaban cerca.

El tiempo pasó y Patricia comenzó a sentir que su marido ya no miraba con gusto sus actos, sus conversaciones con amigos de la oficina, y hasta ya no veía bien la opción de “aquellas ropas” de cuando la conoció.

Patricia, que había sido siempre tan segura, comenzó a dudar de su postura ante algunas situaciones. Su marido la controlaba, claro, ¿ella gastaría más de lo debido? Su marido la vigilaba, claro, ella salía mucho con sus amigas. Así, Patricia empezó a hundirse cada vez más en ella, a no salir, a desconfiar, a no vestirse como antes, a no frecuentar menos a su familia.

Marcos, en cambio, había optado por salir, nunca estaba en su casa, veía a su familia a menudo y trabajaba demasiado otro trabajo, algo que siempre le reprochaba Patricia.

Ella no buscó ayuda, pero sus amigas se la dieron. Eran épocas en los que las mujeres cumplían un rol y punto. Hacía poco habían empezado a votar, por ejemplo. Hacía nada habían empezado de a poco a liberarse. Patricia comenzó a entender que eso no era amor sino posesión, que eso no era sexo bueno sino que seguía siendo lo mismo, “el poseer por ser dueño” le decían a ella otras tantas que estaban en su misma situación.

Patricia pudo salir pero le costó. Le costó amor, tiempo, sueños y deseos. Eran épocas en el que las mujeres comenzaban a despertarse. Durante años tuvo pesadillas, pero como suele decirse, “nunca es tarde”.

Cuestión de color

Lautaro Chamorro

No tengo idea qué hacemos en este lugar. Estoy seguro de que no estamos ganando esta guerra. Pero como nosotros los bombardeamos ellos, nuestros medios nos atacan a nosotros diciéndonos que estamos ganando. Peleamos contra un enemigo que no vemos, pero sabemos que está en algún lugar.

Nos dicen que lo que hacemos en este lugar es para mantener nuestro estilo de vida en casa. Me gustaría que el presidente viniera a este basurero para que tome conciencia lo que nos cuesta mantener ese “estilo de vida”.

No entiendo como algo que sucede a cientos de kilómetros de nuestro hogar puede afectar nuestras vidas. Empiezo a creer que este es un plan del gobierno para exterminarnos. Veo a diario cientos de hermanos de color muertos por el comunismo para mantener el estilo de vida de los blancos.

Creo que el comunismo no es el verdadero problema, sino una excusa política para matar a todos nuestros hermanos. Espero poder sobrevivir a esta masacre de negros para poder

disfrutar el estilo de vida que defendí (que me obligaron a defender). Es raro pensar que lucho por defender un estilo de vida que no es favorable.

Pensándolo bien, lucho por algo que nunca voy a disfrutar. Lucho por los intereses de señores blancos que nunca pensaron en mí. No sé qué hago en este lugar muriendo día a día por el capricho de un político blanco. Espero verte pronto, madre.

6 de enero de 1966, Vietnam.

Disfrutar del placer

Carla Vanina Cirillo

La música sonaba en la radio y *Help* inundaba toda la habitación, me asomé por la ventana del edificio y logré divisar a una multitud de personas que caminaban de la mano hacia el lado norte de la ciudad. Yo mientras esperaba ansiosa a que él llegara.

Desde que me fui de mi casa familiar las cosas se me hicieron más fáciles, la libertad se apoderó de mi cuerpo y así decidí vivir mi nueva vida.

La espera se hizo un poco larga pero al fin llegó él. Marco es mi última pareja y me lo presentó uno de nuestros amigos en común, ya hace dos meses y nos vemos día por medio.

La primera noche que nos vimos, volvimos juntos a mi casa y fue una noche excelente. Al llegar nos servimos algo de tomar y nos relajamos tanto que comenzamos besarnos apasionadamente en el sillón del living.

Poco a poco sus besos fueron recorriendo todo mi cuello y bajando hacía mi pecho, la sensación era exquisita y todo mi cuerpo comenzaba a levantar temperatura, ya no me oprimía en los deseos de que eso estaba mal, de que era indecoroso, de que no se podía; me empecé a dejar llevar y a disfrutar del placer de recibir esos besos y de poder darlos para que Marco también disfrute de los míos.

De un momento a otro quedamos desnudos contemplando cada uno el cuerpo del otro, intentando con nuestras miradas controlar la agitación que nos provocaba las ganas de más. Creo que fui yo la que dio el primer paso y me subí arriba de él, en ese momento me dejé llevar por la música Beatle que sonaba en la radio (siempre suenan ellos en nuestros encuentros), movimientos constantes pero pausados ambos disfrutábamos del momento. Llegamos al punto en que en simultáneo nos estremecemos en el punto máximo del placer. Donde explotamos y quedamos rendidos uno encima del otro por unos instantes.

Desde ese día mis encuentros con Marco son sexuales, donde me descubro y redescubro en todo lo que me da placer, disfruto y experimento cosas nuevas en donde libero mi mente y comienzo a ser yo.

Mi historia

Leonel Dreisch

Me obligaron a nacer de nuevo, y claro no fue un parto natural. Es más, me nacieron y me durmieron. Con inyecciones inmovilizaron mis músculos, mis piernas y torso se encontraban atrofiados. Sin embargo, mi corazón y mi mente no se doblegaron.

Alguna vez, alguien me contó que mi madre, antes de morir, en lo alto de la montaña me dio de beber agua sagrada, que luego se transformo en anticuerpos. Los mismos se encargaron de fusionar mi corazón y mente, para dar lugar a mi conciencia.

Mi padre mato a mi madre, me cuentan mis hijos. Vino de lejanos mares, abuso de ella y luego la mató. Pero jamás tuve resentimiento por ello, es más, a mis hijos les enseñe a tratar bien a su abuelo. El nunca entendió esto, por lo menos hasta que mi hijo fue mayor, ahora vive en el norte. Igual lo entiendo, está teniendo algunos conflictos.

A veces me preocupa que mi hijo menor siga sus pasos, aunque él vive lejos, en el sur, hablan todo el tiempo.

Cómo olvidar a mis nietos, en ídolos populares se convirtieron. Las personas los siguen, los escuchan. Sin embargo, algunos los odian. Los odian porque me cuidan. Yo no sé qué tiene de malo eso, pero bueno, son los 60, como ya no tengo tiempo, ya comenzó esta época. Aun sigo medio triste, no hace mucho que falleció el más querido de mis nietos, el Che le decían. Creo que es el más parecido a mí. Temido, eso lo tengo que admitir. Pero todo lo que hizo, fue pensado en sus hermanos. Buenos ejemplos nos dejó. A propósito, no me presenté mi nombre es Latinoamérica.

El sexo en las décadas del 60 y 70

Elsa Gregorutti

A partir de la convulsión estratégica en fines del año 1959 y comienzos de 1960, comienza a desatarse una energía positiva en los hombres como en las mujeres. Anteriormente a esas fechas la vestimenta, lenguajes, comunicación y sueños eran inertes.

En los años 60, con la participación de Jacqueline Kennedy, surge el estilo que ella llevaba: vestidos arriba de la rodilla, casi siempre en blanco y negro que se llamaba Orida Courage, como la palabra lo dice, venía de los grandes centros de París, en especial el que la vestía a ella. Los zapatos eran igual color con punta desnuda y tacón. Sin talón. Los hombres vestían pantalones pata de elefante, un poco de tacón y sacos de cuero (no sé de dónde sacaron esa moda).

Los peinados femeninos eran de peluquería con batidos (así se llamaban). El color oscuro casi negro. El masculino a la *sau fasou*, es decir para donde era la raya de la cabeza del pelo.

Allí se comenzaba a visualizar los piquitos en la boca, la tomada de la mano, un abrazo delante de los padres. No había propaganda de toallas higiénicas, ni existían, y los preservativos se vendían a escondidas.

Me acuerdo como si fuera hoy, que en la esquina de casa había una farmacia, todos los días me iba a pesar. Cuando le pregunte al farmacéutico me si me podía ayudar a correr las pesas de balanza, sacaba del mostrador, unos cuadrados con círculos en el medio, de color rosa. En ese momento me sorprendí al ver que se lo estaba por vender a un vecino que tenía tres hijos.

El delineador de maquillaje, rimmel, lápiz de labio empezaban a fluir como agua. Los hombres que estaban con jopo pasaron a tener el pelo más largo y lacio.

En ese momento comenzaba a haber más libertad para salir con las amigas al centro a tomar un café, o en primavera los días lindos, nos vestíamos y poníamos como Fakey. Era muy común ir con los compañeros del colegio a ver "Mary Poppins" entre otras películas.

A partir de los grandes clubes, se comenzó a ver más sexo, ya sea de chicas y chicos. Todo a escondidas. Las madres las acompañaban al club y ellos se iban a las tribunas a "rockear". En el comienzo solo era de besos y abrazos, posteriormente venía la entrega o prueba de amor. La fecha exacta estaría en los años '65 al '70. Cuando comenzó la década del '70 con los Beatles y los Rolling Stone y otros tantos artistas que consagraron esa etapa dando libertad, llamada libertinaje.

Desde un principio esa música comenzó a instalarse más en los hoteles de alojamiento, que en las reuniones, cumpleaños o salidas. Se comentaba que conocían por dentro y por fuera. Algunos padres aceptaban escuchar esa música como decían ellos, pero otros no.

Unos de los temas más comentados entre primas, amigos y compañeros eran las relaciones y el quedar embarazadas. En las farmacias se vendía toallas femeninas que no eran como las de hoy en día, preservativos y daban a conocer el ciclo menstrual, y decían que días podías quedar embarazada.

Todo era muy reservado pero con inteligencia y sabiduría. No había tanta vergüenza, como en otros años, y se daba a entender que cosas se tenían y que no.

Hasta que llegaron los gobernantes soberbios. Desde ese día comenzó el estupor, el miedo y la inseguridad. En todo aspecto.

Groupie

Silvana Haro

Despertarse a las 5 am con la sensación de mareo constante y sudor excesivo era algo habitual en Jim Morrison. Las arradas eran un intento de exorcismo. Abría la boca y hablaba en lenguas. Tenía visiones que parecían guionadas, producto de la sinapsis correcta. Una vez, anticipó el futuro, el mío.

Dijo que me vio envuelta en llamas. Y así fue. Una vez en una revuelta estudiantil, organizada por los Panteras Negras, prendí fuego un auto y me detuve a observarlo absorta. Todo brillaba en fuego fatuo.

Una vez lo vi dormir durante horas, desnudo, intenso. La luz se había cortado en un tramo de la ciudad. El silencio y la oscuridad lo despojaba de su pose y lo volvía humano, más humano.

Las noches eran nuestro punto de encuentro. Una vez a la semana. Una vez cada quince días. Tiempos inexactos a esta altura de la vida. Nos conocimos en verano, la estación que favorece el encuentro y el amor. Yo estudiaba cine y él había abandonado la carrera. Jim leía poesía en bar desbordado de alcohol y ácidos. Era mi superhéroe favorito.

Le tomé fotos, lo seguí, lo miré a los ojos de una manera increpante. No recuerdo qué nos dijimos. Algunas palabras sueltas forman un mapa inconexo e idealizado: sonido-campo-lengua-cuero-collar-piel-aveja-suspiro-potencia-mujer-belleza-absoluta.

Desde ese momento estuvimos juntos 23 noches. 22 en su casa, 1 en la plaza. La recuerdo muy bien, por haber tenido mi primer sobre dosis de mezcalina y ácido. Creí que moría porque mi cuerpo ya no era más mi cuerpo. El me sostenía en brazos, aun más drogado que yo, pero con la habilidad y pericia de un experto consumidor. Yo me sumergía en agua salada. Fue un bautismo.

Ser groupie, su amiga y su amante era una tarea divertida para mis días de verano. El calor exacerbaba mi amor. Soñaba que sus canciones eran para mí. El brillaba y me sentía salpicada de purpurina. Su voz se volvía grave y me dejaba sin respiración unos segundos. Nunca nadie supo de mí. Ni mi nombre ni mi vínculo con él. Tengo sus fotos algo viejas ya. La astucia de ser groupie era una virtud adquirida a pesar del exceso de maquillaje y las polleras cada vez más cortas. Un lazo de pocos nudos. Uno por noche.

Aguafuerte de los 60's

Martín Irastorza

Pasaron 20 años. El obelisco sigue estando en la 9 de Julio y el riachuelo tiene el mismo olor del que se quejaban los gringos. Pero el fiaca de la esquina, ese que aterraba a las suegras, ya no puede pregonar sus ideas y las chicas ya no caminan arqueadas llevando los condenados bultos almidonados al salón de costura.

Pasaron 20 años pero igual paso por el puesto de diarios y manoteo uno. Ni muerto se me va la costumbre de teñir mi humor leyéndolo. Miro la primera página y ya no hay más noticias del “peludo” ni de todas las cosas de mi época. Ahora están los que están y la gente clamara por lo bajo a otro.

En el Norte están ocupados defendiendo la democracia por todo el globo. Rigoletto anda por ahí, consiguió algo en la Casa Blanca.

Paso de página y en Europa existe el “Mayo Francés”, los estudiantes en la calle alzando la voz y del otro lado de la moneda el gobierno francés con una dictadura en el Congo por diamantes.

En el segmento de espectáculos me encuentro que el público le grita “Judas” a los cantantes que andan en vagones del tren y se vuelven eufóricos por cuatro ingleses con melena.

En el tango, el 2x4 corre peligro, llegó un tipo que los embromó a todos. Hay unos pibes que quieren hacer una balsa y un tema para Pototo.

Pero ya está, me di el lujo y salí del cementerio a dar una vuelta por Buenos Aires. Cuando llego a mi cama, el “respaldo” dice: “Roberto Arlt 1900-1942”. Espero que alguien venga mañana y se lleve estas flores resacas que se cayeron al piso.

Cuando el frío pega más que los bastones

Guadalupe Koch

Estábamos podridos. Hacía un frío de cagarse y estábamos podridos. Tantos años, tantas cátedras, tanto Weber, tanto Marx para terminar acá: encerrados en un aula con la estufa apagada y esperando que nos vengán a sacar a patadas. ¿En qué momento se me ocurrió la idea pelotuda de tomar la facultad? ¿En qué cabeza cabe que treinta zurdos puedan bajar a Onganía? Lo pienso por dentro, mitad con vergüenza, mitad con resignación. Pero no lo digo porque sé que algún sentido tiene que tener. Si fuésemos treinta zurdos haciendo boludeces, la mitad ya se hubiese ido a su casa. Esto tiene que servir para algo. Tiene que... Tanto Marx no pudo haber sido al pedo.

Estoy solo, fumando, mirando por la ventana, mientras pienso internamente todo esto. La Revolución Argentina se asoma por la calle Puan, con sus camiones y sus milicos. Nos vienen a buscar y todos lo sabemos ¿Qué hacemos? ¿Qué se hace en estos casos? En la ética protestante y el espíritu del capitalismo nadie explica cómo hay que actuar cuando se acerca una horda de fachos a cagarte a palos. Hay algunos que se acercan, miran por la ventana igual que yo, se prenden otro pucho y me miran.

En su cara, en sus ojos, también veo lo que yo siento: todos estamos pensando cómo fue que vinimos a para acá. ¿Qué se supone que vamos a hacer, qué sentido tiene, por qué?

Es 29 de julio. Estamos todos en la misma, viendo llegar los camiones por la ventana, entre el miedo y el desconcierto. Entre la duda y la desesperación. Hasta que uno empezó a cantar el himno. Y lo que hasta ese entonces no entendíamos, nos pegó como una piña en la cara, un golpe de realidad, una revelación en el momento exacto. Y todos nos pusimos a cantar, y ahí nos quedamos, defendiendo nuestra causa.

Mi vieja no entiende

Juana López

Mi vieja no entiende por qué los de mi época somos así. Nos gusta hacer el amor y lo admitimos y eso no es pecado. ¿Por qué guardar lo que uno siente? No me gusta reprimirlo. A mí me gusta el amor y no la guerra. Por eso lo hago. Hago el amor en todos los sentidos. Y lo recomiendo.

Siento que todas las guerras que nos encierran son por no dejar libres las ganas de hacer cosas que el sistema no nos deja (porque ustedes lo siguen permitiendo). Nos respetamos entre sí y nos queremos porque debería ser así. Al fin y al cabo todos somos humanos.

Mi vieja tampoco entiende a los jóvenes de ahora que tenemos anticonceptivos. Evolucionamos. Podemos no tener hijos. Por ahí les da envidia el control que tenemos sobre nuestro cuerpo, no sólo para reproducirnos, sino también de nuestras ganas de mostrarlo. Me gusta mi cuerpo y me gusta que los demás lo vean. Espero que lo entiendas. Vamos a recitales. Fumamos y tenemos sexo. No nos queremos casar. Nos gustan los chicos y las chicas por igual. Nos encanta andar desnudos. La música es nuestra vida. Luchamos contra el sistema. Así soy, mamá. Nada parecida a tus pensamientos. Entendé que nosotros somos la revolución.

Los 60 y la sexualidad

Lorena Lucente

En los años 60, las sociedades tanto americanas como europeas, tuvieron grandes cambios que se generaron progresivamente. Los aires de modernidad, a través de la música, la moda y el turismo marcaron tendencias nuevas.

Surgió la revolución sexual, la mujer desde otro ángulo libre y osado usando minifalda y escuchando rock era un nuevo giro a la modernidad.

Las maneras de vincularse eran diferentes. El amor libre, la aparición de la píldora anticonceptiva quitaba el temor al embarazo y permitía que los jóvenes fueran más libres.

La mujer conquistó muchos derechos sociales y civiles y surgió la militancia feminista, el sufragio, la igualdad de salarios. Empezaban las mismas oportunidades laborales que los hombres.

Los valores y las costumbres cambiaron radicalmente y se produjeron fuertes cuestionamientos hacia los valores heredados de los años anteriores. Los jóvenes se veían sacudidos por nuevas ideas y modificaron sus comportamientos con grandes debates que agitaban a la sociedad. Se cuestionaban los valores generacionales de sus padres.

El control de la natalidad, el divorcio, la rebeldía de las nuevas generaciones frente al mundo de los adultos. Además, la familia tradicional comenzaba a ser discutida en diversos sectores.

Las calles de París

Pablo Luraschi

Hace dos días que las calles de París son un caos. Las barricadas hechas con pedazos de muebles, autos destrozados y pilas de basura arden impregnando el aire de un hollín asfixiante. Las vidrieras de los locales que ofrecen bienes de lujo o prendas de última moda han sido hechas añicos a fuerza de adoquinos arrojados por estudiantes y trabajadores que manifiestan lo que esa ostentación representa: el consumo enfermizo y la enorme desigualdad social.

Cristian corre. Dos policías lo siguen de cerca. Una bala le ha rozado el muslo y la sangre le empapa el pantalón. Siente que está a punto de desmayarse, pero continúa por pura supervivencia. Sabe que si lo atrapan será torturado en la comisaría central para sacarle información sobre las organizaciones estudiantiles que participan en la gran huelga general. Nadie sale con vida de aquellos sótanos.

De pronto, al dar vuelta la esquina, se encuentra envuelto en una nube de humo, espeso y oscuro. Le parece que sus pulmones van a estallar, pero continúa su huída. El humo se aclara un poco y entonces alcanza a ver una alcantarilla abierta. La tapa ha sido corrida, así que se zambulle a toda prisa en el agujero y la acomoda sobre su cabeza. Espera. Todo está oscuro y huele a putrefacción. Enciende un fósforo, ve una escalera que baja unos metros. Hacia arriba no hay esperanza, así que decide descender y caminar por los túneles, buscando otra salida.

A los diez minutos de caminar con los pies metidos hasta los tobillos en el agua, comienza a ver un resplandor proveniente de un túnel en el lateral. Le resulta extraño y teme por su vida, pero su curiosidad puede más. Entonces se acerca, lentamente, sin un ruido. Al darle la vuelta a recodo, ve un pequeño fuego, y un poco más allá un anciano, sentado sobre un pedazo de tronco. Viste harapos y su pelo es totalmente blanco, largo y desordenado. Cristian decide acercarse.

—¿Quién es usted? —el viejo se sorprende. Evidentemente no esperaba visitas.

—Me llamo Hervé, ¿y usted?

—No le diré mi nombre, ¿qué hace usted acá?

—Soy miembro de la resistencia-, responde el viejo.

—¿Resistencia? ¿se refiere a la resistencia contra los alemanes?

—Así es joven.

—Pero la guerra terminó iya han pasado 23 años!

—Se equivoca.

—¿Cómo? —se sorprende Cristian.

—La guerra continúa, sólo que no es contra los alemanes. ¿Acaso el mundo ha dejado de estar dominado por poderes tan crueles que pueden pasearse en autos de lujo por las calles de París, como si nada, mientras en la periferia los niños mueren de disenteria mientras sus padres piden limosna para poder comer aunque sea una vez al día? ¿Qué tan diferente es este panorama de aquel que tuvimos cuando Hitler se paseaba vencedor por las calles de la ciudad?

Cristian lo mira con extrañeza.

—Mire, joven, en 1942 peleábamos contra un enemigo invencible, cruel. No teníamos muchas esperanzas. A diario perdíamos un amigo, un hermano, pero continuábamos luchando. ¿Quién iba a decir que sólo un año después Francia iba a ser librada y el nazismo vencido poco después?

Cristian suspira y se sienta.

—Muchachito, parece que hoy ha aprendido algo. Siempre hay que esperar lo inesperado.

Rock and roll

Federica Rivera

Vestimos nuestras gambas de jeans de marca
no importa si sos hombre de prole o dama.
El pibe de enfrente escucha *My girl*
no estudia, él lee los autores de la generación Beat.
En cambio, el otro amigo, el zurdito militante
se preocupa por comprender la relación
entre Peronismo proscrito y la clase obrera.
Influenciado por la Revolución Cubana
y el comando del Che Guevara.
Nos volvimos duales, influenciables,
con el peligro de serlo y con las ventajas también.
Los jóvenes podríamos estudiar sin laburar
militar o rockanrolear.
Las puertas de la percepción se convertían
en una suerte de evangelio para nuestra generación.
Con alegría moviéndose al compás de los rollings
por lo menos hasta que llegue Onganía.

Relato de una confrontación

Diego Rubaja

El 16 de junio de 1955 marcó el inicio de una etapa, la de mayor violencia política que se recuerda en el país. Los bombardeos sobre la Plaza de Mayo causaron la muerte de muchos niños que pasaban por allí después de salir de la escuela.

Fue durante toda la década del '60, desde los diferentes gobiernos de turno que representaban al Estado, que nos tuvieron acostumbrados a sentir y ver la sistemática tortura, persecución y muerte de todo el que pensaba diferente.

Esto se hizo más notorio sobre el movimiento más grande de Latinoamérica, creado por Juan Perón: el Peronismo.

Desde el poder y los medios de comunicación de la época, no sólo se intentaba ocultar lo que pasaba, sino que, además, se tergiversaba la realidad de tal manera que se invertían los roles de las víctimas y los victimarios. Lo que luego sería denominado, algunas décadas después, como la Teoría de los dos demonios.

En los tiempos actuales, vemos que no sólo no se modificaron las causas que generan desigualdades, sino que también se profundizaron.

Por lo tanto, mientras que la raíz de lo que genera cada vez mayor desigualdad y pobreza siga existiendo, como lo fue en la década del '60, seguirá la necesidad de que exista la

violencia política. Los que buscaron, a través del miedo y la represión, la exclusión de muchas personas, lo seguirán haciendo. Y los que se alcen con gritos de rebeldía no sólo deben hacerlo oponiéndose sino también transformando la realidad.

Cuando lo bueno era lo progresivo

Carlos Salamanca

Década del 60, una época predestinada a ser la generadora de hechos culturales, cambios de paradigmas, explosión de géneros musicales nuevos, nacimiento de ídolos populares que tuvieron gran influencia en los jóvenes de la época, al punto que aún hoy en la actualidad mantienen su vigencia, marcando el camino de las nuevas generaciones.

Década rica también en otros aspectos. Ocurrieron durante ese transcurso otros hechos relevantes: la muerte de John F. Kennedy, la Guerra de Vietnam, la llegada del hombre a la luna, la Revolución Cubana, el “Cordobazo” en nuestro país, el festival de Woodstock fueron algunos de los grandes acontecimientos. A eso se agregan la aparición de los grandes grupos musicales, convertidos en su mayoría en ídolos populares. The Beatles y The Rolling Stones a la cabeza. Pero también Elvis Presley, que si bien venía desde fines de la década del '50, tuvo su mayor repercusión en los '60. The Tremeloes, The Herman Hermits, The Byrds, The Doors, The Animals, The Turtles, fueron algunas de las bandas, en su mayoría inglesas, que ocupaban todos los espacios de radio de aquellos años, produciendo música que era muy escuchada.

Mientras tanto, también Argentina producía una camada de ídolos populares que en la perspectiva de la historia fueron y son considerados los creadores o fundadores del Rock Nacional. Por esos años, a partir de la mitad de la década del '60, irrumpen Los Gatos, con Lito Nebbia a la cabeza. Su tema “La balsa” es un ícono de aquella época, junto a la historia de Tanguito y el bar “La Perla”, donde se tiene por seguro que se hizo el tema. Los primeros acordes fueron ensayados en el baño de ese bar.

A ellos se fueron agregando otros grupos que también tuvieron su influencia y mantienen su vigencia hasta nuestros días. Ellos: Almendra, con el flaco Spinetta como representante; Arcoirir, con Gustavo Santaolalla; Manal; Vox Dei; La Barra de Chocolate; Pajarito Zaguri; Los Rebeldes con Moris; Sui Generis con Charly y Nito Mestre; León Gieco. A todos ellos puede vérselos en videos de los festivales de Buenos Aires Rock, de gran convocatoria.

Los '60 en nuestro país fueron años en que irrumpió la “mística progresiva” que hacían los intérpretes nombrados. Se la denominaba de ese modo marcando contraposición con la música comercial, esa que hacían intérprete Palito Ortega, La Nueva Ola, con varios integrantes, y otros que también tenían gran audiencia y, sobre todo, gran venta de sus discos. Esa fue la distancia o separación que estableció el mismo público. Una músicaailable, bolichera, fácil, y la otra con letra comprometida, con música más elaborada.

Hoy, a la distancia, esas diferencias se hacen más notables aún. La calidad musical y de sus letras, de aquellos “fundadores del rock” en nuestro país tuvieron gran influencia en nuestro pensamiento y nuestras maneras de ver la vida. Por eso, el Flaco, Lito, Charly, León, siempre siguen vigentes, marcando mi rumbo y abriendo cabezas.

Drogas, sexo & rock and roll

Brenda Santos

“Todo tiempo pasado fue mejor” pienso, y recuerdo a Ernesto Sábato reflexionando: “No significa que antes sucedían menos cosas malas, sino que felizmente la gente las echa en el olvido”. Sin embargo, hoy tengo ganas de no olvidar, de traer al presente aquellos años del 60 donde conocí el amor, la adrenalina y el rock and roll.

Tal vez porque era joven y el cuerpo me lo permitía, tal vez por la inconsciencia de la edad. Pero lo cierto es que no recuerdo época tan excitante como la que viví. Cada verano en San Francisco solía ir a surfear a la costa, después tomaba algunos tragos con amigos y cuando

caía el sol salíamos a bailar. Se había vuelto rutinario hasta que comencé a incursionar en el mundo del rock.

Unos amigos habían conseguido entradas para ver una nueva banda, The Beach Boys, que empezaba a tocar en las costas de California y a enloquecer a todo el público adolescente. Por supuesto, yo no fui la excepción.

El primer concierto fue mágico. Confieso que no tenía expectativas, pero decidí asistir por insistencia de mis amigos, que conocían los problemas familiares que me interpelaban en aquel momento y me ofrecían todo tipo de distracción. En fin, les agradezco a ellos por persistir en la invitación.

El lugar estaba preparado para el show: un escenario inmenso sobre la costanera, luces gigantes con colores alucinantes que se encendieron con un ruido ensordecedor apenas bajó el sol. El predio con la capacidad de contener a más de cinco mil personas, con vendedores ambulantes que aprovecharon la ocasión. Abundaban adolescentes, sí, pero también podías encontrar algún que otro señor mayor que andaba por ahí y se había quedado a ver qué pasaba. Calor, mucho calor sofocante, pero que todos olvidaron al momento de empezar a saltar en un pogo multitudinario.

Los hermanos Wilson pisaron el escenario y automáticamente el LSD comenzó a rodar. Yo no sabía qué era, para qué servía, ni por qué todos la estaban consumiendo, pero en el vaivén del momento no lo pensé, sólo la tomé y, siguiendo indicaciones, la coloqué debajo de mi lengua. Es inexplicable lo que sentí. Hoy, 40 años después, no concibo cómo describir aquel momento.

Lo cierto es que mi cuerpo se sintió libre de cualquier discusión que pude haber tenido con mis padres, lejos de mi ex novio que me había dejado hace un tiempo, lejos de todo lo que me hacía sufrir. Quería gritar, quería bailar y saltar hasta el amanecer, quería que eso que estaba viviendo no terminara nunca.

Y fue ahí cuando conocí a Thomas, un gran pero tóxico amor. Los dos estábamos bajo los efectos del alucinógeno, incapaces de distinguir entre fantasía y realidad. Aquella noche nos amamos como si fuera la última, aunque tan sólo sería la primera.

Seguimos a los Beach Boys por todo el país. En cada concierto que daban, allí estábamos nosotros cantando sus canciones con fervor y entrega, entre drogas y alcohol. Era una sensación increíble levantarse cada día para seguir a tus ídolos, con tus amigos y quien creías sería por siempre el amor de tu vida. No importaba nada más. Todo lo que necesitaba estaba ahí.

Pero por supuesto que no podría todo eso tener un final feliz. Nos acercábamos al final de la década cuando los BB presentaban su nuevo álbum Smiley Smile y, como siempre, estábamos todos para acompañarlos. Recuerdo que era una noche fría y Thomas insistía en que sería mejor consumir una dosis extra de LSD para no sentirlo. El frío se transformaría en brisa y la temperatura subiría rápidamente. Afortunadamente me sentía descompuesta y no quise hacerlo, pero él sí. Aquella noche, Thomas estaba fuera de sí, irreconocible. Pasaba la tercer canción, tal vez la cuarta, cuando decidió subir abruptamente al escenario y tras abrazar a Brian Wilson se lanzó al público como un ave. Pero olvidó que no sabía volar.

No volví a verlo, pero supe que sobrevivió. Y ese *click* que hizo mi cabeza me devolvió la vida a mí también. Entendí que debía enfrentar los problemas y que podía escuchar a los BB sin estar bajo los efectos de la psicodelia, que necesité experimentarlo y llegar al límite, pero ¿quién me quita lo bailado?

Torciendo el camino

Carolina N. Sosio

Alicia nació en una familia acomodada, a fines de los años 40'. Papá médico; mamá, como no podía ser de otra manera, señora de la casa. Tuvo una infancia como el resto de las niñas que ella conocía. De lunes a viernes vivía pupila en un colegio de monjas. Allí le

enseñaban todo lo necesario para ser alguien en la vida: comer con diferentes cubiertos, bordar, leer en silencio.

Los fines de semana estaba con sus padres y su hermano, Ernesto. A su papá no lo veía mucho, ya que los sábados tenía por costumbre jugar cartas con sus amigos, tomar whisky y no volver a dormir a su casa. Su madre se pasaba la semana practicando piano y esperando con ansias el sábado, cuando veía a sus hijos, y por fin tenía con quién hablar.

Alicia creció así, en esa normalidad. Pero sabía que no quería eso para su vida. No iba a buscar un marido que la mantuviera para pasar toda la semana tejiendo. Un día como todos en el colegio, cuando la maestra les dice que iban a conocer a una nueva compañera, Elsa entró en el aula. Cabello castaño con rulos, ojos negros profundos. Alicia sintió que se quedaba sin aire.

Luego de clases se encontraron y empezaron a hablar. Elsa tenía una risa revoltosa y pensamientos diferentes al resto de sus amigos. Quería ir a la universidad, ayudar a los más débiles y no se le cruzaba por la cabeza tener marido nunca. Alicia y Elsa comenzaron a pasar todo el tiempo que podían juntas. El último año de pupilas era más llevadero entre ellas dos.

Un día de calor, Alicia no podía dormir. La llamó a Elsa y fueron a caminar a los parques del convento. Entre risas y miradas, sabía que había algo más. Que eran la una para la otra; almas gemelas. Se tomaron de la mano, se miraron a los ojos y se besaron. De a poco se fueron descubriendo, día tras día. Alicia sentía que lo que hacía estaba mal, pero el fin de semana se le hacía eterno y lo único que quería era volver a los brazos de Elsa.

Cuando llegó fin de año, Alicia decidió hablar con su familia. Eran los 60'. El mundo había cambiado, tenían que entenderla. Pero cuando terminó de explicar lo que sentía, su padre se paró y le dio un cachetazo. Mientras, su madre lloraba desconsolada, preguntándole quién le había metido esas ideas en la cabeza. Sus padres prometieron mandarla a otro país, para que pensara las cosas y volviera a la realidad. Entonces decidió huir. Aunque sin plata no iría muy lejos.

A la madrugada, Alicia abrió la puerta y sintió una mano en su hombro. Con pánico, se dio vuelta y vio a su hermano, Ernesto, con una bolsa que le entregaba.

—Son todas las joyas y dinero que pude juntarte. Andá y sé feliz. La vida es una sola como para malgastarla en los deseos de los demás.

Lo que hace el adicto

Alejo Vrhovski

La lluvia, el día que pisé Vietnam por primera vez, era una de las más intensas que he visto en mi vida. Al caminar bajo ella podía sentir su azote contra mi espada, como si condenara mi presencia. El diluvio era hostil, nuestras tropas apenas lo toleraban. Con más tiempo ahí, la piel de los soldados se caería a pedazos. La humedad carcomía la carne de sus extremidades de a poco. Los ánimos y las caras de los allí presentes en la base eran de por sí deprimentes. El escenario era turbio y gris para donde fuera que mirara. Estábamos lejos de nuestras familias, peleando una guerra que la mayoría de los estadounidenses repudiaba y además la perdíamos, lo cual era peor. El clima era una preocupación cuando la lluvia no paraba. Los soldados y el pentágono encontraron la solución para superar la adversidad territorial.

Se comenzó a suministrar las mejores anfetaminas para el consumo militar; se tomaban como caramelos. Nadie se preocupaba en leer las indicaciones. Una vez que estaban bajo los efectos de éstas, los soldados (como muchos de ellos me los han confesado luego de una cerveza o dos) se sentían capaces de volarles la cabeza a los niños y a las mujeres en las calles. Debo admitir que yo las disfrutaba mucho. Me acompañaron cuando nadie más lo hizo. Pero en un punto no eran suficientes. No podían tapar el dolor. Fue ahí cuando encontré, gracias a mis compañeros, otra forma de ponerle pausa a la vida. Eso era lo que necesitaba: una pausa del horror que me rodeaba. Empecé a inyectarme heroína (era

extremadamente fácil de conseguir). Imaginate el mejor orgasmo que hayas vivido en tu vida y multiplícalo por mil: aún estarías lejos del placer que te ofrece la heroína.

Pero no quiero que nadie sienta pena por mí. No lo merezco. Si es que necesitaba aludirme a la realidad era porque había causado mucho daño en ella y no soportaba la culpa. Violé y maté innecesariamente y me arrepiento. Pero eso no arregla las vidas que arruiné. Cuando terminó la guerra me sorprendí al ver lo rápido que mis co-veteranos dejaron sus adicciones y vicios al volver con sus familias. Yo no corrí la misma suerte: la mujer a la que consideré mi única familia no me esperó como me prometió. Casi media década pasó desde entonces y lo único que me queda es medio paquete de cigarrillos, un vinilo rayado y una profunda vergüenza que me invade cada vez que se me pasa la borrachera.

Pensar distinto

Mariano Zanetto

El pastor insistía con sus caminatas matutinas, insistía con no llevar armas o algún tipo de protección. Mantuvo sus ideales de no violencia hasta su último día de lucha. Inspirado en Ghandi. Martin Luther King se oponía totalmente a responder con más violencia. Los días en que cada respiro se transformaba en punzadas de dolor, producto de los bastonazos recibidos por los policías, hacían muy difícil poder continuar con su postura.

Varios de nosotros, sus fieles seguidores, no toleramos responder con paz. Nuestros corazones se transformaron en recipientes donde conteníamos todo el odio, la locura e intolerancia de los blancos. Algunos corazones descansaban con las palabras del pastor, eso los hacía más flexibles y toleraban mejor el odio. Otros ya no soportaban la violencia recibida mutaban en sacos de veneno y rabia, transformando a nuestros compañeros en personas cargadas de bronca y resentimiento. Con ellos, los hombres blancos habían ganado.

Siempre temíamos por la vida, nos costaba mucho ver a alguien tan fuerte pender todo el tiempo de un hilo tan fino. Sabíamos que sólo bastaba un loco con un arma para terminar con su lucha.

Recuerdo que una tarde, días antes de su asesinato, me acerqué a él para transmitirle mi miedo e intentar convencerlo de que limitara su exposición. Me respondió que no temiera por su vida, que me concentrara en todo lo que habíamos conseguido con nuestra lucha, que todo lo logrado nunca moriría.

El 4 de abril se cumplieron todos mis miedos. Bastó un hombre y una bala para terminar con su lucha.

Pocos pudimos continuar con la postura de paz ante el racismo diario. El asesinato de Martin Luther King fue un quiebre para nuestra lucha.

Tristemente, la mayoría de nosotros decidió cambiar su postura y responder con violencia. Por suerte, las enseñanzas del pastor son a prueba de balas.